

La política exterior rusa en la zona post-soviética: el arco de inestabilidad Báltico-Caucásico

Russian foreign policy in the post-Soviet area: the arch of Baltic-Caucasian instability

Miguel de la Gándara Frieyro¹

¹ Grado de Geografía e Historia en la UNED, España

miguelfrieyro@hotmail.com

RESUMEN. En este artículo se aborda el estudio de la evolución de la política exterior rusa desde la desintegración de la URSS hasta el advenimiento de Putin. Observando de este modo los cambios acaecidos durante estos años, así como las representaciones que los dirigentes tienen sobre su propia identidad como nación, han provocado que consideren fundamental conservar a toda costa su antigua zona de influencia.

Posteriormente se analizan dichas estrategias, a través de diferentes territorios. El artículo se centra en la prioridad que tiene para el Kremlin la defensa de las minorías, como medida de presión e influencia sobre las antiguas exrepúblicas soviéticas. De estas, las minorías rusas cobran una especial importancia, no sólo porque constituyen una prioridad en la política exterior rusa actual, sino también porque podrían desestabilizar todo el arco Báltico-Caucásico. Esta zona se está convirtiendo en una nueva área de fricción entre Rusia y las potencias occidentales, deseosas de reintegrar a los nuevos países en sus instituciones (OTAN, UE, etc.). Las consecuencias de la nueva política exterior rusa, mucho más agresiva que en décadas anteriores, no ha tardado en desembocar en conflictos armados. Su estudio permitirá identificar la relación de fuerzas existentes y prevenir los riesgos que corren ciertos países del este de Europa.

ABSTRACT. In this article we approach the study of the evolution of Russian foreign policy. Since the disintegration of the USSR until the advent of Putin. Observing the changes occurred during these years, as well as the representations that the leaders have about their own identity as a nation. And how this has caused them to consider it fundamental to preserve at all costs their former zone of influence.

Later we analyze these strategies through different territories. We focus on the priority that the Kremlin has for the defense of minorities, as a measure of pressure and influence on former Soviet republics. Of these minorities, Russian minorities have a special importance, not only because they are a priority in Russia's current policy, but also because they could destabilize the entire Baltic-Caucasian arch. This area is becoming a new area of friction between Russia and the Western powers, eager to reintegrate the new countries into their institutions (OTAN, EU, etc.). The consequences of the new Russian foreign policy, much more aggressive than in previous decades, it has not taken long to lead to armed conflicts. This study will allow us to identify the relationship of existing forces and prevent the risks that certain countries of Eastern Europe are facing.

PALABRAS CLAVE: Rusia, OTAN, Espacio postsoviético, Primakov, Putin, Báltico, Ucrania, Minorías rusas.

KEYWORDS: Russia, NATO, USA, Post-Soviet area, Primakov, Putin, Baltic, Ukraine, Russian minorities.

1. Introducción

Tras unos años de fuerte debilidad institucional y económica, Rusia ha recuperado un importante rol político-militar en el contexto internacional. Atrás quedaron los años en el que el país más extenso del mundo se replegaba, tanto en términos socio-económicos, como en territorio y población. Vladimir Putin, siguiendo la doctrina Primakov, se ha posicionado favorable a un mundo multipolar, con una disminución del poder hegemónico de los Estados Unidos, queriendo hacer respetar de esta forma su papel como gran potencia regional.

Por ello la constante ampliación tanto de la OTAN como de la Unión Europea, en los límites de la tradicional zona de influencia rusa, es interpretada por los dirigentes de este país como un peligro a su seguridad nacional. Además, el bombardeo de la OTAN a Serbia, tradicional aliado de Moscú, y la posterior independencia del Kosovo, o el bombardeo a Libia, han provocado un sentimiento de clara hostilidad de sus dirigentes hacia la política exterior de Occidente. Si bien, los dirigentes rusos se esfuerzan por seguir teniendo relaciones cordiales tanto con EEUU como con los países europeos, principales socios comerciales.

En el presente artículo, se muestra las representaciones rusas de sus zonas de influencia, un espacio que Moscú considera vital para su supervivencia. Además se analiza cómo el gobierno liderado por Vladimir Putin ha conseguido controlar dichos territorios, ya sea a través de su influencia económica, como con la utilización de las minorías étnicas y lingüísticas rusas presentes en dichos territorios. Se pondrá especial énfasis en la utilización de las tensiones étnico-lingüísticas del arco Báltico-Caucásico, que han pasado de ser motivo de preocupación por parte del Kremlin a un arma contra los gobiernos contrarios a las directivas rusas. Esta táctica se está imponiendo en dicha región, como lo demuestra los últimos conflictos en Georgia y Ucrania. En ambos países, Rusia ha participado activamente apoyando a movimientos separatistas, en una estrategia que presumiblemente intentarán repetir en otras regiones.

Además, en Ucrania no sólo han apoyado dichos movimientos, sino que a través de diferentes estrategias y niveles de acción se ha llevado a cabo una guerra híbrida que ha puesto en jaque el país. Rusia por primera vez desde el fin de la Unión Soviética, se han anexionado unilateralmente un territorio (Crimea), sentando un peligroso precedente, e incluso apoya a los movimientos rebeldes en el sur y este del país, que ya han provocado la independencia de facto de dos regiones. El conflicto podría reavivarse, poniendo en riesgo la existencia misma de Ucrania como nación.

Por último se analiza otros territorios europeos, que son potencialmente susceptibles a las injerencias de Moscú por las fuertes minorías rusas al interior de sus fronteras, como es el caso de los estados bálticos. Estas tensiones podrían aparecer como consecuencia de la ampliación al este de la OTAN y de la Unión Europea y tener fuertes consecuencias. Comprender las representaciones rusas sobre su área de influencia, y las percepciones y estrategias que desde hace más de una década está llevando a cabo Vladimir Putin es esencial para prever sus próximos movimientos en política exterior.

2. Rusia, ¿nación, imperio, post-imperio? La identidad rusa y su política exterior

La política exterior rusa está marcada por una serie de representaciones importantes que hunden sus raíces en la propia historia del país y en los símbolos de la nación. A partir de la desintegración del espacio soviético, la sociedad rusa con sus instituciones y cuerpos sociales correspondientes (ejército, políticos, investigadores, prensa etc.,) se obcecan con el concepto de identidad nacional (identit'nost') (Filler, 2010).

Esta identidad está marcada por una serie de conceptos muy integrados en la conciencia nacional. A pesar de la relativa poca homogeneidad de su población, donde más de un cuarto de la misma no es étnicamente rusa¹ (Raviot & Lambroschini, 2016), una identidad común subyace en la mayoría de sus habitantes, producto

¹ Durante el Imperio ruso o con la URSS, el porcentaje étnicamente no ruso representaba alrededor de la mitad de la población total.



de una serie de representaciones que históricamente fueron alimentadas por sus autoridades, tanto para cohesionar la población como para facilitar los sucesivos movimientos expansionistas.

La noción de la Tercera Roma, heredera de Constantinopla, marca su proyección de líder del mundo ortodoxo. Su posición, a caballo entre Europa y Asia, influye en la noción de la tercera vía rusa, síntesis del pensamiento racional occidental y de la espiritualidad asiática. Este concepto sirve como elemento diferenciador y favorece su vocación europea y oriental, aunque también dificulta su integración con dichas zonas. Todas estas representaciones están marcadas por dos elementos: la inmensidad de su territorio y la lengua rusa, que la convierten también en líder del paneslavismo.

2.1. La inmensidad del territorio ruso. Un post-imperio

El territorio de Rusia ocupa un espacio de 17 millones de km², caracterizado por enormes llanuras y una débil densidad de población (Sánchez, 1995). Las mayores concentraciones de población se sitúan en la parte europea, en lo que fue el corazón de los estados del Rus, génesis de los actuales estados de Rusia, Ucrania y Bielorrusia. Su principal estado, el Rus de Kiev, estuvo caracterizado por su carácter eslavo y ortodoxo. (Sánchez, 1995). Progresivamente este centro político fue basculando de la actual Ucrania al occidente ruso (Smolensk, Nóvgorod y finalmente Moscú).

A partir del siglo XIV, el Principado de Moscú se consolida como hegemónico en dicho territorio, consiguiendo ya en el siglo XV liberarse del yugo tártaro. A partir de Iván el Terrible, Rusia pone las bases de su estado moderno, sometiendo a la nobleza boyarda (Filler, 1995), y sustituyéndola por una nobleza de servicio, lo que además le sirve para modernizar su sistema administrativo.

Este proceso de construcción nacional, análogo al de otras monarquías europeas, tiene sin embargo una serie de características propias. A diferencia del Occidente europeo, viene acompañado por una enorme expansión territorial, que difiere de los imperios coloniales, porque se hace a través de un territorio continuo, siguiendo de forma natural el espacio dejado por el antiguo imperio mongol (Raviot & Lambroschini, 2016). Uniendo la estepa con los bosques, Rusia se proyecta como imperio euroasiático durante los siglos XVI Y XVII.

Es esta inmensidad del espacio, la fortaleza de Rusia y la razón misma de su ser, una construcción nacional que tiene como principal fuerza defensiva su propio territorio.

Así la idea de Rusia como nación es paralela al proceso de conquista territorial, y, por ende, está estrechamente ligada a la noción de imperio (Raviot & Lambroschini, 2016). La autoridad máxima, el zar, sucesor del César romano, es legitimada por esas conquistas territoriales, con un centro geográfico, el principado de Moscova, como eje vertebrador. Este eje, fue y es para los rusos el garante de la integridad territorial, y por tanto es su deber ejercer su rol dominante.

Este proceso expansionista, terminará al final del siglo XIX, y sus fronteras exteriores van a abarcar 22,5 millones de km² (1867) (Raviot & Lambroschini, 2016). La URSS expandió sus fronteras a estos mismos límites geográficos, rusificando aún más el territorio, ya sea a través de una colonización humana del espacio, como con la utilización del idioma como elemento unificador. Rusia concibe así como propio este espacio post-soviético.

2.2. La lengua como elemento integrador del territorio

El proceso expansionista ruso se produjo en cuatro fases distintas, cada una con una dirección precisa. Hacia el este desde los Urales hasta el Extremo-Oriente contra los diferentes kanatos tártaros, hacia el oeste a costa de lituanos y polacos, y las dos últimas hacia el sur conquistando el Cáucaso y Asia Central.

En cada una de estas conquistas se observa una voluntad imperial de imponer la lengua y la cultura rusa. En el este, a la conversión más o menos forzosa de los príncipes tártaros, le sigue un movimiento colonizador de ciertos enclaves de la estepa. Mismo proceso encontramos en el sur, donde se intenta asimilar las

poblaciones túrquicas. Al oeste, con una cultura más parecida, las diferentes iglesias ortodoxas se someten a Moscú. Además, en algunas regiones claves como en las actuales regiones del sur de Ucrania, que dan acceso al Mar Negro y por ende al Mediterráneo, se procede a fuertes movimientos colonizadores. En todas ellas el ruso se convierte en la lengua oficial y en una garantía de ascensión social, al ser la lengua de la administración.

A pesar de la promoción de la diversidad de culturas, durante la URSS, la rusificación del territorio continúa. El país, constituido como una unión de repúblicas, facilita la representación política de las diferentes lenguas y culturas, sin embargo en la práctica, el centro del poder económico y político continúa estando en Moscú, siendo imprescindible el dominio de la lengua rusa para la promoción social. Asimismo, la planificación económica prevé la colonización de amplios territorios, tanto para la instalación de trabajadores industriales como para la obtención de recursos primarios (minería y energía principalmente). Así la población rusa en Kazajistán aumenta de un 12 % en 1897, a casi un 40 % en vísperas de la desintegración de la URSS, siendo en esta época la etnia dominante. El aumento en otras zonas como los Países Bálticos también es considerable. En Estonia, la etnia rusa aumentó de un escaso 10 % a casi el 40% (González, 2000). En casi todas las repúblicas que conforman la URSS, el conocimiento del ruso es superior al de las distintas lenguas regionales, pasando además a ser la lengua materna de muchos de sus habitantes. Hoy en día, el predominio del ruso continúa en muchas de ellas.

Todos estos factores condicionan actualmente la política exterior rusa. Los límites territoriales son para sus dirigentes, e incluso para la población local, un territorio difuso con varias zonas de protección. Estas zonas forman tres círculos, a veces solapados y cuyos límites son difíciles de determinar (Raviot & Lambroschini, 2016).

La primera zona es la de sus fronteras más inmediatas, el “extranjero próximo” retomando la expresión de Boris Yeltsin (Buffet & Barriga, 2013). Espacio configurado por los límites de la Federación Rusa y los territorios contiguos. La defensa de este espacio se torna vital para Rusia, estando legitimada una injerencia (Palacios & Arana, 2002), para evitar posibles contagios revolucionarios o secesionistas, y/o verse sometido a una amenaza directa (establecimiento de bases militares de potencias extranjeras, terrorismo, etc.).

La segunda es la defensa de los territorios donde Rusia ejerce su influencia militar de forma legal, a través de guardias fronterizas o bases militares. Serían los territorios estratégicos en un estricto sentido. En la actualidad podemos considerar que diez territorios cumplen estos requisitos: Abjasia (Georgia), Armenia, Bielorrusia, Kazajistán, Kirguizistán, Osetia del sur (Georgia), Siria, Tayikistán, Transnistria, Vietnam (Raviot & Lambroschini, 2016). Si bien también podríamos sumarle los territorios controlados en la cuenca del Donetsk (Ucrania).

Y la última es la protección de los territorios estratégicos, en un sentido más amplio. En estos territorios la Federación Rusa ejerce su influencia de manera diversa, ya sea económica/política, por ejemplo a través de las minorías lingüísticas rusas o de países que dependen energéticamente del antiguo centro imperial, o gracias a su softpower (defensa del mundo eslavo y ortodoxo, y promoción de la lengua rusa).

Sin embargo, el fin de la URSS puso en discusión dichas zonas de influencia. La unipolaridad de las políticas norteamericanas y la pasividad de los dirigentes rusos durante esos primeros años pusieron en peligro su espacio tradicional. Además, como se verá a continuación, el impacto que tuvo la perestroika en la sociedad, acrecentó el sentimiento de país asediado a merced de este nuevo mundo unipolar. Esto explica la posterior visión que tendrán los políticos rusos de su política exterior, actuando de hecho como un post-imperio (Raviot & Lambroschini, 2016).

3. La Hegemonía de Estados Unidos y el impacto de la perestroika

Tras la disolución de la URSS una nueva corriente de pensamiento sacude Rusia. Se acepta un relativo sometimiento hacia Occidente, considerando que las relaciones de fuerzas asimétricas que se dieron durante



toda la guerra fría, eran cada vez más evidentes. Rusia reconoce a los Estados Unidos como único poder mundial y sus valores fueron percibidos como valores universales (Buffet & Barriga, 2013). Los cambios se atestiguan en diferentes ámbitos.

En el plano político hay un total acercamiento a los Estados Unidos. Esta alineación se observa tanto en su política exterior como interior.

El diálogo con este país y sus aliados europeos fluye durante estos primeros años. Además se normalizan las relaciones con los países de Oriente Medio e Israel y establece una postura menos dominante en su zona de influencia (cooperación con las exrepúblicas soviéticas, pérdida de liderazgo con el mundo eslavo y ortodoxo), lo que es aprovechado por los Estados Unidos para expandir su influencia.

De esta forma durante estos años se inician las negociaciones para la ampliación de la Unión Europea al este de Europa, adhiriéndose incluso algunas de las antiguas repúblicas socialistas, como son los estados bálticos. Este proyecto, apoyado fuertemente por los Estados Unidos, consiguió potenciar la fortaleza económica de Alemania respecto al otro líder regional, Francia, mucho más independiente en su visión geopolítica. Pero sobre todo consiguió debilitar la influencia de Rusia en la región. Los Estados Unidos consiguieron establecer posiciones militares en una zona con un alto valor geoestratégico, a través de la integración de muchos de estos países a la OTAN. Rusia quedó en poco tiempo rodeada de bases militares extranjeras y la población rusa percibió esta ampliación hacia el este como un acercamiento peligroso a sus fronteras. (Palacios & Arana, 2002).

En el plano económico y social los primeros años tras la disolución de la URSS están marcados por el liberalismo económico de las políticas de Boris Yeltsin (Buffet & Barriga, 2013). Para ello no dudó en aceptar los consejos del FMI y aplicar un fuerte plan de choque, con importantes consecuencias sociales, que sin embargo no consiguió los resultados económicos deseados. El PIB desciende de forma continuada durante todo su mandato, y en 1999 el ingreso por habitante era casi la mitad del ingreso que tenían en 1989² (Banco Mundial).

Si esto puede parecer suficiente para explicar la imagen negativa de la perestroika, en el imaginario colectivo de una gran parte de los rusos, es sin duda los costes sociales y la corrupción, que siguió a la llegada de la democracia y el capitalismo, lo que dificulta su identificación con los valores occidentales y que explican en buena medida la política exterior rusa post-Yeltsin. En aquellos años, mientras que muchos de los trabajadores se quedan sin trabajo y las condiciones de vida descienden para la mayor parte de la población³ (Sánchez, 1995), los grandes oligarcas rusos comienzan a emerger, manejando la vida política y económica de muchas de sus respectivas regiones, mientras la sociedad se veía expuesta a la pobreza y a la violencia.

Al mismo tiempo, dentro de las propias fronteras rusas, surgen numerosas tensiones. La política descentralizadora emprendida durante el primer gobierno de Boris Yeltsin tenía como objetivo la emancipación del centro y el empoderamiento de las repúblicas periféricas, para de esta forma debilitar el poder político de Gorbachov y sobre todo terminar con la herencia soviética. (Buffet & Barriga, 2013). Esta política negativista que facilitó la desintegración de la URSS, provocó que las reivindicaciones de las élites locales se extendiesen dentro de la misma Federación Rusa, las cuáles quisieron aprovechar la nueva situación de vacío de poder. Estas reivindicaciones venían en su mayoría de los territorios del sur del país, sobre todo en el Cáucaso, que concentran fuertes poblaciones musulmanas. Sin duda la más grave de ellas fue la declaración unilateral de

² De 506 mil millones de dólares (PIB US\$ a precios actuales) pasa a 195 mil. (<https://datos.bancomundial.org/pais/federacion-de-rusia>).

³ La Esperanza de vida, ya estancada durante los años 1980, desciende abruptamente desde 1989 (69,5 años) 1995 (64,6). Cifras disponibles en la página web del Banco Mundial (<https://datos.bancomundial.org/indicador/SP.DYN.LE00.IN?locations=RU>)

En relación a la pobreza, en 1994, un tercio de las familias rusas percibían unos ingresos inferiores al mínimo vital Sánchez, J. S. (1995). Los estados surgidos de la antigua Unión Soviética y su articulación territorial en torno a Rusia. *Espacio Tiempo y Forma. Serie VI, Geografía*, (8), 206.

independencia de Chechenia en 1991, que provocó una guerra cruenta y terminó con una humillante derrota para el ejército ruso. Entre 1994 y 1996 se libró una guerra con más de 50 mil víctimas civiles, finalizada con la imagen de las tropas rusas retirándose y dejando el control de la región a los rebeldes.

Esta tragedia nacional fue vivida por la población rusa como la culminación de un proceso de degeneración que podía desencadenar el fin mismo de Rusia como nación. Fuera de sus fronteras el menoscabo a Rusia era importante. Los antiguos países del bloque socialista ya no la consideraban como la heredera de una gran superpotencia, sino como un país subdesarrollado, vencido y humillado por Occidente (Sánchez, 1995).

4. La visión geopolítica de Putin. Una continuación de la doctrina Primakov

En estas circunstancias no es de extrañar que la línea política rusa cambiara. Aun siendo reelegido en 1996, la impopularidad de Boris Yeltsin le obligó a buscar apoyos dentro de la Duma y a apoyarse en una figura clave, Yevgeny Primakov. Nombrado Ministro de Relaciones exteriores ese mismo año y Presidente del Gobierno entre septiembre de 1998 y mayo de 1999, tendrá una fuerte influencia en el gobierno de Moscú. Su pensamiento geoestratégico provocó un giro en la política exterior rusa y marcó la posterior política de Vladimir Putin.

Su visión de la seguridad rusa es un retorno al pasado, una vuelta a la defensa de los tres círculos territoriales como fundamentales para la defensa nacional. Podemos resumir su pensamiento político, la llamada Teoría Primakov, en tres puntos fundamentales:

- Apuesta por un mundo multipolar en el que las grandes decisiones se tomen de manera consensuada. Aboga por un acercamiento en las relaciones con India y China para poder contrarrestar la hegemonía de la potencia norteamericana.

- Defensa de las fronteras rusas en su espacio inmediato, favoreciendo la integración política y económica de las antiguas repúblicas soviéticas. En estos años Rusia se conforma como el gran líder de la CEI (Comunidad de Estados Independientes) y promueve acuerdos económicos con la mayoría de los países de dicha organización. Los límites de este espacio son percibidos, como ya hemos explicado anteriormente, como fronteras “propias” y “naturales” (Claudín, 1993).

- Defensa de sus tradicionales aliados y de su posición en el Medio Oriente. Rusia protesta enérgicamente por los bombardeos de la OTAN sobre Belgrado en 1999 y amenaza con defenderla. Sin embargo su debilidad le impide pasar a la acción. Algunos años más tarde Primakov (2003) intentaría mediar entre el gobierno de Sadam Hussein y la administración de los EEUU, a raíz de la Segunda Guerra del Golfo, sin el éxito esperado.

A partir del año 2000, Vladimir Putin se convierte en el gran dominador político de su país. Sintiendo fuerte gracias a su gran popularidad y sin elementos relevantes en la oposición, este viejo agente de la KGB, característica compartida con Primakov, pasó a una defensa activa de los intereses de Rusia en el extranjero. Dicha política estuvo garantizada por la estabilidad económica y social que gozó durante años el país y por la afirmación de la propia soberanía territorial. El objetivo primario fue la reactualización de su poderío nacional e internacional –*derzavnostva*– (Buffet & Barriga, 2013) y para conseguirlo no dudará en avivar las tensiones étnicas en el área postsoviética y en defender las minorías rusas de dichos países.

5. Las revoluciones de colores. Medios de presión en Asia Central

Una serie de circunstancias explican la participación activa, incluso bélica, de Rusia en los diferentes escenarios mundiales. Se impone una política agresiva como respuesta a la ofensiva de la OTAN en su tradicional zona de influencia, tanto en las antiguas repúblicas soviéticas como en apoyo a sus principales aliados.

Para Rusia las injerencias más graves de las potencias occidentales se producen en el espacio post-soviético. Las “revoluciones de colores”, en Georgia –Revolución Rosa 2003–, Ucrania –Revolución Naranja 2004–



cuestionaron los gobiernos de Eduard Shevardnadze y Viktor Yanukovich respectivamente. Ambos fueron sustituidos por presidentes que abogaban por un acercamiento a los países occidentales.

5.1. Las presiones económicas rusas en Asia Central y el control de los recursos naturales. Revolución de los tulipanes en Kirguizistán una oportunidad para el Kremlin

Además en Kirguizistán (Revolución de los tulipanes, 2005) observamos otro alzamiento popular, que, no obstante, se encuadra en un marco diferente. El gobierno de Askar Akayev era considerado por los Estados Unidos como el más pro occidental de toda Asia Central (Argemi, Faiella & Luchetti, 2006), y por Rusia como un mal menor en un país con fuertes tensiones étnicas, con numerosas consecuencias para la seguridad regional, sobre todo por el aumento del integrismo islámico (Argemi, Faiella & Luchetti, 2006).

Sin embargo, la inestabilidad política le ha servido al presidente ruso para posicionarse favorablemente en este territorio. Putin ha sabido mezclar promesas en el ámbito de la seguridad, con acuerdos económicos, para establecerse militarmente y hacer prevalecer sus intereses geoestratégicos. En el ámbito de la seguridad, el Valle del Fergana, dividido entre Uzbekistán, Tayikistán y Kirguizistán, es una fuente de inestabilidad por las tensiones étnicas, el aumento del islamismo y el tráfico de drogas proveniente del vecino Afganistán. Kirguizistán, que durante años recibió una importante ayuda de los Estados Unidos para la lucha antiterrorista, prefiere colaborar con las autoridades rusas, pues percibe una cuantía económica más importante y sobre todo son respaldados en los contenciosos que esta república tiene con su vecino Uzbekistán, principal aliado norteamericano.

Este último país es el más poderoso y más habitado de la región, y ansía convertirse en líder regional (Villicaña, 2011). Sin embargo, su estabilidad económica y social depende fuertemente de su agricultura, sobre todo de sus exportaciones de algodón. En un país donde cerca del 80 por ciento de su territorio lo ocupa una árida y desértica meseta, la gestión de sus dos ríos principales, Amu Darya y Syr Darya, se antoja fundamental (Villicaña R., 2011). Gracias a las imponentes obras realizadas en estos dos ríos durante la época soviética, importantes territorios de las cinco nuevas repúblicas poseen canales y presas que han permitido la irrigación y el desarrollo de la agricultura.

Sin embargo, la gestión de estos recursos hídricos es motivo de disputa entre los diferentes países. Además, ha causado ya enormes problemas medioambientales, el más conocido es la casi desaparición del mar de Aral, antiguamente cuarto lago más grande del mundo, y que hoy se ha convertido en un desierto con una alta salinidad (Villicaña, 2011).

El enorme poder político que significa controlar el curso de estos dos ríos y los conflictos de intereses entre las nuevas repúblicas han evitado un acuerdo común. Rusia ha conseguido posicionándose en Kirguizistán y gracias al control estratégico que ya mantenía sobre Tayikistán (alrededor del 40 % del PNB del país depende de las remesas de los inmigrantes y posee una de sus principales bases militares), apoderarse del grifo de agua de la región. Es en estos dos montañosos países donde nacen dichos ríos, y junto con la kazaja región de Semiréchie donde se concentra casi el 90 % de la "producción" de los recursos hídricos de la zona (Rodríguez, 2005). Los países del curso bajo del río, Uzbekistán y Turkmenistán, fuertemente dependientes, se verán de esta forma presionados por las nuevas circunstancias. Recordemos que estos dos países son aliados de los Estados Unidos, y que los norteamericanos incluso han conseguido establecerse militarmente en el primer país (Garrido, 2016).

De esta forma Kirguizistán se ha alineado claramente con Moscú. Firmando varios acuerdos de cooperación con el gigante del norte, tanto en seguridad, formando parte de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (Organización militar que aglutina una buena parte de los miembros de la CEI, sobre todo en Asia Central), como económica a través de la Organización de Shanghái y la Comunidad Económica Euroasiática, por un total de más de dos mil millones de dólares (Jesús, 2010). A cambio, Biskek ha ampliado

la concesión de una base militar rusa en la ciudad de Kant hasta el 2032 (RTM, 2013), además de anular el acuerdo por la base americana de Manas, que tuvo una gran importancia como apoyo logístico en la guerra de Afganistán (Jesús, 2010). Rusia incluso negocia en estos momentos la apertura de una segunda base al sur del país (Sputniksnews, 2017).

Kirguizistán es un ejemplo más de como la supremacía económica de Rusia en la región, más su intensa labor diplomática, no exenta a veces de presiones, ha logrado mantener la mayoría de las exrepúblicas socialistas bajo un control más o menos intenso. Además, los conflictos interétnicos están siendo utilizados por Rusia para firmar acuerdos de cooperación y seguridad con los gobiernos correspondientes. Una lucha de influencias se constata entre la OTAN y la OTSCE por posicionarse en una zona geoestratégica tanto por sus recursos naturales como por su posición. En esta lucha Rusia parece que vuelve a llevar la delantera.

Pero en esta confrontación no sólo el control de los recursos y las presiones económicas son importantes. La defensa de las minorías y lengua rusa también son una prioridad para el Kremlin, a pesar de que la mayoría de los países de la zona vean con recelo dicha política, los beneficios de no perder dichos lazos son evidentes para Moscú. De esta forma Rusia se esfuerza dando importantes ventajas comerciales a los países que reconozcan el ruso como lengua oficial –Kazajistán– o que protejan las minorías en dichos países –Tayikistán–. El peso relativo de estas poblaciones, tanto demográfico, como social y económico, podrían constituir un arma de presión a favor de Moscú, en caso de que sus países buscasen una política independiente.

Esta estrategia y sus repercusiones la analizaremos en los siguientes capítulos, donde veremos cómo en el arco báltico-caucásico, Rusia promueve de forma más evidente su estrategia de defensa a las diferentes minorías, para debilitar a los países que deciden acercarse a las potencias occidentales, recurriendo incluso al uso de la fuerza militar.

6. Las revoluciones de colores en el Cáucaso. El uso geopolítico de las tensiones étnicas

El Cáucaso es una región geoestratégica de primer orden. Situada entre el Mar Negro y el Mar Caspio, es el puente de unión entre los países europeos y Asia Central, comunicando de esta forma importantes exportadores de combustibles fósiles con un continente rico y con inmensas necesidades energéticas.

Salida natural de Rusia hacia los mares cálidos del sur y región fronteriza con otras importantes potencias regionales como Turquía e Irán, tiene una importancia estratégica mayor para Moscú, que ha históricamente controlado dichos territorios ejerciendo el rol de distribuidor energético.

Este ámbito territorial ha sido, sin embargo, un área donde constantemente Rusia ha encontrado mucha resistencia, debido a la diversidad étnica y religiosa, que dificulta para la Federación Rusa el proceso integrador. Hoy en día los conflictos continúan en esta zona, tanto dentro como fuera de este país.

Entre los países exsoviéticos de la región, Georgia tiene una importancia especial. Son tres los motivos principales.

Ante todo, en su frontera norte, se encuentran los territorios con las tendencias separatistas más fuertes del estado ruso. Además la costa georgiana separa el territorio del país eslavo con Turquía, potencia regional que controla el acceso al Mediterráneo, y que posee la mayor línea costera en este mar. Por último, su contigüidad con Azerbaiyán y la posición política de ambos, favorables a las potencias occidentales, podría meter en jaque el monopolio ruso en la distribución de hidrocarburos lo que es motivo de inquietud para Moscú.

En el norte de Georgia, dos regiones de la Federación Rusa, Chechenia y Daguestán presentan problemas de gobernabilidad. Aunque ciertamente Rusia ha recuperado el control de la mayor parte de estas zonas,



todavía dichos conflictos permanecen de forma latente y desgastan a su ejército. Las tendencias separatistas, derivan del hecho de que ambas regiones son étnicamente túrquicas y caucásicas, y sobre todo tienen el islam sunita como religión. En ellas la proporción de rusos es muy baja, menos del 10 % de la población, lo que favorece su sentimiento emancipador (Estadísticas Federación Rusa). Además su importancia para la seguridad de toda la Federación viene del auge del integrismo radical y del tráfico de drogas presente.

Muchos de los combatientes separatistas se han unido tanto a Daesh como a Al-Qaeda (Osorio & Valdés, 2017), y algunos líderes guerrilleros han mostrado su intención de crear un estado islámico. Para Putin controlar este territorio es fundamental, tanto para estabilizar la región como para mantener la seguridad. Rusia es el país europeo con más ciudadanos luchando en el Daesh y ha sufrido duros atentados (Osorio & Valdés, 2017). En la mente de todos los rusos están grabados los actos terroristas perpetrados en la estación de Rizhskaya y Beslán en 2004, o anteriormente en el teatro Duvrovka de Moscú (2002), todos ellos perpetrados por las famosas “viudas negras”⁴ (Priego, 2004). La política ambivalente de Georgia frente al conflicto en Chechenia - condenando y/o acogiendo a los líderes de la república secesionista, convirtiendo Pankisi, frontera checheno-georgiana, en el punto más caliente de la región- (Sainz Gsell, 2005) ha contribuido a la tensión entre los dos países.

Además al oeste de estas repúblicas, siempre al norte de Georgia, se encuentra la región de Krasnodar, que era, hasta la anexión de Crimea, la única región rusa con acceso al Mar Negro y un importante centro económico.

Todos estos motivos, económicos, geoestratégicos y de seguridad han influido en el papel activo que ha tenido el Kremlin en los problemas internos de Georgia, jugando con la protección de las minorías étnicas, como medio para establecerse en el país y debilitar su independencia.

Para comprender la situación tenemos que remontarnos a los años 1990. Durante la desintegración de la URSS, dos regiones que quedaban englobadas en la antigua República Socialista de Georgia, Abjasia y Osetia del sur proclaman su intención de abandonarla e incorporarse a la entonces República Socialista Rusa. Tras la independencia del país en 1991, los dos se declaran en rebeldía, consiguiendo una independencia de facto, por la incapacidad militar de los georgianos.

Osetia está dividida en dos regiones, una en territorio ruso (Osetia del norte) y otra en territorio georgiano (Osetia del sur), con una población mayoritariamente de origen iranio (osetios), pero de religión ortodoxa, y cuya iglesia se declara dependiente del patriarcado de Moscú. Este pueblo ha sido tradicionalmente aliado de los rusos (Sainz Gsell, 2005). Una importante proporción de georgianos vive también en la región, aunque concentrados en la parte suroriental, por lo que existe una continuidad territorial entre los territorios osetios y la Federación Rusa. A estos factores, diferenciadores étnicos que explicarían por si solos sus intenciones de unirse a Osetia del norte, y por ende a la Federación Rusa, tenemos que añadir el resentimiento por las represiones y violencia que se cometieron entre 1991 y 1992, y de los cuales los osetios culpabilizan al estado georgiano (Cuestas-Zamora, 2015).

La composición étnica y religiosa de Abjasia, por su parte, es mucho más heterogénea. Compuesta por una gran proporción de georgianos, abjasios y en menor medida de rusos, ha visto variar su proporción étnica durante diferentes momentos de su historia, debido a la represión a la que fue sometida tanto por el Imperio Ruso como por Georgia. Esto provocó una fuerte migración de los abjasios hacia los países limítrofes, sobre todo hacia la actual Turquía. Sin embargo, a partir de su independencia unilateral en 1992, fueron los georgianos, que en 1989 representaban casi la mitad de la población, los que emigraron en masa. Limpieza étnica e inseguridad forzaron a muchos de sus ciudadanos a dejar sus casas (Sainz Gsell, 2005). Hoy en día el porcentaje de georgianos ha disminuido a menos de un 20 por ciento, reunidos sobre todo en las ciudades

⁴ Terroristas chechenas que compartían en la mayoría de casos lazos fraternales con guerrilleros chechenos, muchas de ellas se convertían en terroristas suicidas tras la muerte de sus maridos.

del sur, colindantes con el resto de Georgia (Estadísticas Abkhazia). A pesar de tener una buena proporción de musulmanes en su territorio y ser étnicamente diferente a los rusos, se han apoyado fuertemente en éstos para lograr su independencia de "facto". Rusia ha conseguido establecerse militarmente en esta región y ampliar su zona de control en el Mar Negro, instalando bases militares.

Todas estas tensiones territoriales volvieron a estallar después de la Revolución de las Rosas de 2004. A partir de 1992, Georgia volvió a la órbita rusa tras un golpe de estado que depuso al líder nacionalista georgiano Zviad Gamsajurda y que provocó una cruenta guerra civil. El nuevo presidente georgiano Eduard Shevardnadze, con un cariz político más favorable a Moscú y presionado por los movimientos separatistas apoyados por las autoridades rusas, además de por la fuerte dependencia económica, se alineó con los intereses del Kremlin. Así Georgia entró a la CEI (1993), mantuvo los acuerdos comerciales y militares con Rusia, prorrogando entre otros acuerdos, las bases navales rusas en su territorio, además de mantener la independencia de facto de los territorios de Osetia y Abjasia pero evitando su reconocimiento internacional.

Sin embargo, a final de los años 90 y sobre todo tras los atentados del 11-S, se constata un progresivo distanciamiento de su política exterior, alejándose de Rusia y estrechando vínculos con los Estados Unidos. Estos consideran al país caucásico un aliado fundamental, tanto en su lucha global contra el terrorismo como por su importancia estratégica. Esta nueva relación se tradujo en importantes ayudas económicas⁵ (Mourenza, 2009). Para los países occidentales, la importancia geoestratégica del Cáucaso reside en el hecho de que una buena parte del gas y el petróleo, tanto de esta región como de Asia central, transitan por dicho espacio. El control de esta zona aminoraría la dependencia energética de Europa de productores como Rusia y Oriente Medio, creando una ruta alternativa para la distribución de dichas fuentes energéticas.

De esta forma la construcción del oleoducto BTC (Bakou-Tiblisi-Ceyhan), de 1.768 Km inaugurado en julio de 2006, primer oleoducto que transporta el crudo del Caspio a Europa sin pasar por territorio ruso (Fernández, 2008), favorecía los intereses de las potencias occidentales, en detrimento de los rusos. El oleoducto con capital principalmente estadounidense y europeo, es una ruta alternativa a los oleoductos ya existentes del Cáucaso norte controlados por Rusia, evitando además pasar a través de Armenia, principal aliado ruso en la región, y del siempre problemático Irán. Además de las compañías energéticas, el oleoducto favorece a los principales aliados de EEUU en la región, y disminuye el rol de la Federación Rusa. Georgia y Azerbaiyán disminuirían su dependencia económica respecto este último país y además pueden facilitar las aspiraciones de Turquía de convertirse en el gran líder regional. Este estado ha elaborado una estrategia basada en potenciar vínculos en el ámbito del comercio, las inversiones y la energía -la gran apuesta turca ha sido que la salida de los recursos energéticos pase por su territorio- (Sainz Gesell, 2005), además de ser apoyado por los Estados Unidos como líder de los pueblos túrquicos del Cáucaso Sur y Asia Central.

Por ello el giro en la política exterior en los últimos años del gobierno de Shevardnadze causó un tremendo malestar en la administración estadounidense. A partir del final del 2002 la disminución de la ayuda económica de los Estados Unidos y la falta de apoyo institucional de la administración Bush a Georgia en diferentes conflictos con la Federación Rusa, empujaron al presidente georgiano a buscar mejores relaciones con Moscú. Shevardnadze para congraciarse con Vladimir Putin, mantuvo la concesión de la flota naval rusa situada en la región de Adzharia con tendencias separatistas pro rusas- evitando además una posible fuente de conflictos. De esta forma el Kremlin se aseguraba el control del puerto de Batumi, en la costa sur de Georgia, colindante con aguas territoriales turcas. Putin había conseguido posicionar a Rusia como principal actor externo en la región.

Este giro político afectó al ritmo constructivo del oleoducto. Uno de los grandes proyectos energéticos estaba en grave peligro y Estados Unidos no tardaría en reaccionar.

⁵ 302 millones de Euros entre 1998 y 2002 sólo en ayuda militar, además de la participación georgiana en el oleoducto BTC y otros apoyos financieros.



En un país profundamente dividido, y con un creciente movimiento de oposición a la presidencia de Shevardnadze, Washington va a apostar por el liberal y antiruso Saakashvili (Mourenza, 2009), favoreciendo su movimiento de oposición que finalmente conseguirá llegar al poder. Vladimir Putin se percataba cómo en pocos años el fortalecimiento de su posición, en la estratégica área caucásica, se venía abajo de forma acelerada por las revoluciones de colores.

En 2008, la declaración unilateral de independencia del Kosovo, ante las vanas protestas de Moscú, fue el punto de inflexión para una política más agresiva en defensa de regiones separatistas en su espacio inmediata. Esta declaración de independencia unilateral fue declarada –según Moscú– como al margen del derecho internacional. El Kremlin declaró que conceder la independencia a Kosovo sentaba un peligroso precedente, animando a los separatistas de toda Europa a presionar para que se reconociesen sus propias reivindicaciones de soberanía. Además Moscú advirtió que podría valerse dicha independencia para presionar en favor del reconocimiento de las regiones separatistas de dos antiguas repúblicas soviéticas -los denominados conflictos congelados- de Georgia y Moldavia (Felgenhauer, 2007).

Por su parte días después, el 14 de Febrero del 2008, Putin se quejó del doble rasero de los países occidentales, poniendo de ejemplo, entre otros, las tendencias separatistas que existen en España.

“En España, la gente no quiere vivir en un solo Estado; entonces, apoyadles allí” (El País, 2008).

La caja de pandora estaba abierta y Moscú iba a demostrar en los próximos meses que sus amenazas no eran infundadas.

De esta forma, en Agosto de 2008, Rusia aprovechó el avance de las tropas georgianas en Osetia, para declarar la guerra a Georgia, y tras un conflicto victorioso proclamar la independencia tanto de esta región como la de su vecina Abjasia (Priego, 2008). Si bien para Washington, Tbilisi es el gran aliado estratégico de la región (no sólo por los recursos, sino en la lucha contra el terrorismo internacional), el apoyo frente a la agresión rusa fue testimonial, reconociendo así la influencia de Moscú.

La intervención rusa en Georgia se enmarca dentro de la estrategia de debilitamiento para el Cáucaso y el Mar Negro del peligroso bloque de países pro-occidentales –GUUAM–, donde participan Georgia, Ucrania, Uzbekistán, Azerbaiyán y Moldavia que pone en entredicho el liderazgo regional del gigante euro-asiático, contexto en el que se inscriben las tensiones separatistas tanto en Georgia como en Ucrania, tal y como veremos en el próximo capítulo. Además en el caso de la ofensiva rusa contra Georgia, se buscó contrarrestar la política militar de los EEUU. Desde que en 2004 la Casa Blanca respaldara a Saakashvili y a su “Revolución de la Rosa”, Georgia se convirtió en la punta de lanza de la ambiciosa política de Spread of Democracy y del Greater Middle East. El Pentágono preparó unas nuevas brigadas militares que más tarde serían desplegadas en territorio georgiano. Pero para ello era fundamental la salida de las tropas rusas que llevaban acuarteladas en Georgia desde su independencia. Para poder efectuar el despliegue de estas nuevas brigadas era necesario un puerto de gran profundidad como el de Poti y para los aviones C-17 unas bases aéreas con pistas de gran longitud (7.500 pies) como las que existen en Senaki y Miruelli (cerca de Tbilisi), bases que posteriormente fueron bombardeadas por el ejército ruso (Priego, 2008). Este hecho demuestra que la intervención rusa no iba encaminada solo a debilitar a Georgia, sino que se enfrentaba contra una política norteamericana que estaba desmantelando una hegemonía rusa de siglos. La defensa y reconocimiento de las regiones independentistas están englobadas en una estrategia mucho más global.

Así el conflicto con Georgia persiguió tres grandes objetivos.

- Debilitar la presidencia de la república –del prooccidental Saakashvili- y la posibilidad, a mediano plazo, de cambiarlo por un candidato afín a Moscú, así como si esto no era posible, amenazar con la desintegración territorial del estado.
- Controlar los corredores de salida de los recursos del Mar Caspio al Negro, y favorecer que la vía de

paso rusa estuviese por encima de la georgiana -privilegiada desde Occidente-.

- Advertir de su contrariedad contra la presencia del cordón de seguridad de la OTAN en sus fronteras, como consecuencia del posible ingreso de dos países vecinos -Georgia y Ucrania- a dicha organización (Campos, 2017).

En Ucrania, Rusia dará una vuelta de tuerca más a su política de defensa de las minorías, al anexionarse el territorio de otro país.

7. Las minorías rusas como arma geopolítica en Europa. El caso de Ucrania

Hasta ahora hemos visto cómo la nueva política exterior del Kremlin aún ayuda y presiones económicas y de seguridad para crear un cinturón de seguridad en su “extranjero inmediato”. Además, no duda en defender el derecho de las regiones separatistas a la autodeterminación, siempre y cuando se encuentren fuera de sus fronteras. El objetivo es conservar un espacio de influencia favorable a sus intereses y que puedan incluso servirles como estados tampón ante el riesgo de amenazas internas. Esta nueva política exterior rusa está muy influenciada por el hecho de sentirse acorralada por Occidente; la cooperación de ciertos países de su órbita de influencia con las potencias occidentales y la ampliación de la OTAN y de la Unión Europea hacia el este no han hecho más que corroborar dicha representación.

Progresivamente la política exterior rusa ha pasado de tibias condenas contra las injerencias occidentales, por ejemplo ante el bombardeo de Belgrado, a una política activa que en los últimos tiempos no ha dudado en refrendar con las armas. La declaración unilateral de independencia en Kosovo, y los miedos a una posible propagación en el territorio ruso, ha provocado que Rusia pase a la ofensiva. Si en Georgia, Rusia reconoció la independencia de dos regiones secesionistas es sin embargo en Ucrania donde esta política belicista ha dado un paso hacia adelante, anexionando el territorio de un país vecino.

Dicha anexión, seguida por el apoyo a otras regiones separatistas del país, ha provocado la condena unánime de la comunidad internacional occidental. En ella, el papel de las minorías rusas, tanto lingüísticas como étnicas no se puede desdeñar. Siguiendo el patrón de apoyo a las minorías regionales que hemos observado en Georgia, Moscú ha conseguido debilitar Ucrania, un país que tras la Revolución Naranja se encaminaba a independizarse tanto económica como políticamente y acercarse a las organizaciones occidentales.

El 11 de Marzo de 2014 Crimea declaraba su independencia de Ucrania, el 18 de marzo tras una votación ampliamente favorable, la reciente república se adhería a la Federación Rusa. Durante ese mismo mes concentraciones pro-rusas se dieron en buena parte del sur y este del país, territorio con grandes proporciones (incluso mayorías) de población ruso hablante, manifestándose contra el gobierno provisional de Oleksandr Turchinov, tras la destitución de Victor Yakunovich –para Rusia un auténtico golpe de Estado– (Herráez, 2016). El país dividido política y culturalmente en dos desde hace años, parecía que se dirigía hacia una guerra civil. Finalmente el conflicto se ha estabilizado, pero además de Crimea, una parte importante de las regiones de Luhansk y Donetsk, se hallan fuera del control de las autoridades ucranianas. Para entender esta complicada situación y el rol de Rusia en este conflicto, es imprescindible no solamente observar la situación política de Ucrania desde la desintegración de la Unión Soviética, si no la importancia simbólica y estratégica que tiene este país para la Federación Rusa y para la nueva política de Vladimir Putin.

7.1. La división de Ucrania y la importancia simbólica para Rusia

Si Rusia se esfuerza por mantener su tradicional zona de influencia en el Cáucaso y en Asia Central, considerando esta influencia como natural y estratégica para la propia defensa de sus fronteras, la importancia que tiene Ucrania y Bielorrusia es aún mayor.

Los tres países formaron parte del proto-estado del Rus de Kiev y ambos reivindican su origen en esta federación de tribus eslavas (Plokyh, 2006). La población étnicamente eslava y ortodoxa, tiene muchos rasgos



en común. Sin embargo, la parte occidental de Ucrania estuvo influenciada enormemente por Polonia, Lituania y más tarde la occidental región de Galitzia formó parte del imperio austro-húngaro (Huntington & Abadía, 1997), mientras tanto los cosacos de la zona oriental propiciaron un acuerdo con el Zar ruso, integrándose la mayor parte de su territorio en este Imperio en 1654 (López-Medel, 2008). En el siglo XVIII Ucrania estaba claramente dividida por el río Dniéper entre territorios de la margen derecha y territorios de la margen izquierda.

Esta división se acrecentó durante los años de la Unión Soviética, dado que la parte sur y oriental con importantes recursos minerales y acceso al Mar Negro tuvieron una importante migración rusa, compuesta por militares y trabajadores para sus nacientes fábricas. Mientras tanto, la parte occidental, con un sentimiento nacionalista abortado por su integración a la Unión Soviética en 1922, sufrió las consecuencias de las políticas estalinistas de colectivización de la tierra, como la hambruna de Holodomor, donde murieron entre 3 y 7 millones de campesinos ucranianos (López-Medel, 2008), lo que acrecentó un sentimiento de odio hacia la Unión Soviética.

Así, tras disolverse la Unión Soviética en 1991, Ucrania estaba claramente dividida en dos partes. Los territorios del norte y occidente de Ucrania, con un sentimiento nacional fuerte, deseaban integrarse a la Unión Europea, vista como modelo social, político y económico. Mientras que en el sur y este del país, donde una buena parte de la población es étnicamente rusa o habla ruso como lengua materna, y cuya iglesia ortodoxa depende del Patriarcado de Moscú⁶ (Centro Ramzukov, 2006), el sentimiento de nostalgia –recordemos el fuerte impacto de la perestroika en la caída del nivel de vida de los habitantes de la extinta Unión Soviética– hacia los antiguos tiempos soviéticos era y sigue siendo predominante.

Dos sentimientos y perspectivas de futuro muy diferentes que van a cruzarse con los intereses económicos y políticos de la Federación Rusa y de los países occidentales. La Unión Europea tras su ampliación al este, ve en Ucrania un país central para la estabilización de la región y un posible adherente de peso para la comunidad. En los primeros años, la política de la Unión Europea respecto a Ucrania se centró en fomentar estabilidad y la no proliferación de armas, y en promover el respeto a la democracia y a los derechos humanos. Sin embargo, a partir del final de la década de los 90, el objetivo se hizo más ambicioso, abogando por una evolución hacia las cuatro libertades de movimiento (bienes, capital, personas y servicios). Los objetivos principales en 1996 eran favorecer el desarrollo de una Ucrania “como estado estable, independiente, democrático, con economía de mercado, sin armas nucleares y con una integridad territorial indiscutible” (Herranz, 2003). Es decir la Unión Europea buscaba implementar políticas de cooperación que permitiesen hacer de Ucrania un país seguro y fuerte, además de un posible socio comercial. Esta postura fue apoyada fuertemente por los Estados Unidos, ansioso de una disminución del poder ruso en Europa Oriental y de una futura ampliación de la OTAN a estos territorios.

Por su parte, Rusia, una vez recuperada del trastorno provocado por los primeros años de la década, buscaba restablecer su control sobre esta zona. Su importancia simbólica era compartida por una importante proporción del electorado ruso, más si cabe, cuando una buena parte del oeste Ucrania no forma parte del mundo ruso “*russskiy mir*”. Este concepto es de difícil definición, pero en líneas generales engloba los habitantes del espacio post-soviético que siguen teniendo algún tipo de relación con Rusia (pasaporte, lengua, etnia, etc.). La defensa de este mundo es uno de los pilares de la política exterior rusa, siendo ampliamente legitimada por su población. Aun así, tenemos que tener en cuenta otros factores geoestratégicos cuya importancia son incluso de mayor relevancia.

El primero que podemos nombrar, es el acceso al Mar Negro. Aunque Rusia posea una pequeña línea de mar en la costa norte, es en la península de Crimea donde históricamente ha tenido una de sus flotas más importantes. Sin embargo tras la independencia del país, su puerto Sebastopol –Crimea–, pasó bajo

⁶ La iglesia Ortodoxa Ucraniana (Patriarcado de Kiev) y en menor medida la Iglesia Greco-católica son predominantes en el Oeste de Ucrania. La iglesia Ortodoxa de Ucrania (dependiente Patriarcado de Moscú) está sobre todo presente en el este del país.

jurisdicción ucraniana. La importancia de esta península es tal, que ya en 1991 fue la situación más sensible que tuvo que enfrentar la nueva república independiente durante la descomposición de la Unión Soviética. Finalmente se resolvió con el permiso ucraniano de conservación por parte de Rusia de la base naval (Cardone, 2014).

Por otra parte, están las relaciones comerciales entre los dos países y el equilibrio de fuerzas. Ucrania, sobre todo en los territorios del sur y del este, produce alimentos, minerales etc., que Rusia necesita. Además sus fábricas se conectan con los territorios rusos, con una estrecha relación de interdependencia. Por otra parte, por número de habitantes, ejército y recursos, Ucrania podría convertirse en una potencia regional, pudiéndole discutirle en un futuro una parte de su influencia zonal.

Sin embargo, Rusia continúa teniendo cierto control político de Kiev, debido a su dependencia. Ésta es particularmente significativa en lo que se refiere a la provisión de gas, lo que desde el fin de la Unión Soviética le ha servido a Rusia para presionar a sus dirigentes.

Todo esto ha favorecido que la división étnico-lingüística se traduzca por una polarización política, entre pro-europeístas y pro-rusos.

7.2. De la Revolución Naranja al Euromaidán

Desde 1994, los tímidos avances políticos que había impulsado el presidente Kravchuk quedaron diluidos y experimentaron un retroceso muy notable, cuando en las elecciones presidenciales de julio de 1994 perdió, aunque por poco margen, en segunda vuelta frente a Leonid Kuchma. En su largo mandato implementó políticas para atenuar el nacionalismo, frenó los avances democráticos, y en líneas generales mantuvo las estructuras del pasado. Además intensificó las relaciones con Moscú hasta el punto que solo desde enero de 2000 hasta febrero del año siguiente, se celebraron nada menos que nueve cumbres entre Putin y Kuchma (Bascones, 2012).

Cuatro años después, su primer ministro Victor Yuschenko sería el gran protagonista junto con Yulia Tymoshenko de la Revolución Naranja. Yuschenko marcó una línea pro-occidental muy clara y firme, no sólo en cuanto al acercamiento a las instituciones europeas sino también en materia de libertades y avances democráticos. La Unión Europea apoyó fuertemente dicho movimiento popular, que entre otras cosas logró pasar de una democracia presidencialista, a una parlamentarista, con el consiguiente aumento de la capacidad de maniobra de los distintos partidos políticos.

Sin embargo, Rusia, que veía cómo estas revoluciones atacaban su capacidad de influencia, reaccionó con una de sus armas diplomáticas más importantes, la presión a través del suministro de gas. Dicha estrategia tuvo un doble objetivo, primero presionar a la Unión Europea y a la OTAN para que abandonasen sus proyectos sobre Ucrania, y por último dejar claro a Yuschenko que Ucrania dependía de Rusia.

De esta forma los países europeos, muchos de los cuales dependen fuertemente de los hidrocarburos del gigante euroasiático, debieron abandonar la posición lituano-polaca. Desde su adhesión, estos dos países se habían esforzado por expandir las fronteras tanto de la UE como de la OTAN a Ucrania, entendiéndolo como un objetivo de defensa nacional (Bayou et al., 2016). La futura inclusión de Ucrania en el proyecto europeo, según Stefan Wilkanowicz importante periodista polaco, garantizaría la independencia de Ucrania eliminando cualquier veleidad en territorio europeo.

«La independencia de Ucrania es importante por la siguiente razón; Si Ucrania consigue mantener su independencia, Rusia deberá repensar su identidad” (Verluisse, 2006).

Además por lo menos durante los primeros años, Polonia se aseguraría un preponderante rol, como nuevo socio privilegiado. Sin embargo, Alemania, fiel a su Realpolitik, comprendió que la postura de nueva guerra



fría emprendida por dichos países no favorecía los intereses de Europa, o por lo menos a sus intereses como eje vertebrador -y a sus necesidades energéticas-. Así se aseguró el avituallamiento de gas de la industria alemana, evitando territorio ucraniano, con la firma del gasoducto Nord-Stream, que desde la costa rusa en el báltico llega directamente a Alemania (Bayou et al., 2016). Unos años más tarde, abortó junto con Francia una posible adhesión de Ucrania y Georgia a la OTAN, aplacando las protestas rusas (Bayou et al., 2016).

De este modo Yuschenko, sin el apoyo de sus aliados europeos y ante los cortes de suministros, tuvo que doblegarse a la voluntad de la política exterior rusa, favoreciendo de esta manera un clima hostil entre los dos antiguos compañeros de revolución (Bascones, 2012).

El gran beneficiado será el Partido de las regiones de Yakunovich, presidente de Ucrania desde 2010 hasta su renuncia en 2014. Su política se centró en firmar acuerdos económicos con la Federación Rusa, alejándose de la Unión Europea y de la OTAN y refrendando acuerdos estratégicos que favorecieron a Moscú. Entre ellos hay que destacar la renovación de los acuerdos sobre la estancia de la flota rusa en Sebastopol hasta 2047, cuando todavía quedaban 7 años para el vencimiento del plazo previo establecido.

La firma de estos acuerdos ha sido espectacular desde diferentes puntos de vista. Primero por la violencia de las manifestaciones contra este tratado, lo que manifiesta la fuerte división del país y la animadversión que una parte importante de la población le tiene a Rusia. Pero sobre todo por el enorme coste que supuso para Moscú, lo que pone en relieve la importancia que desde el Kremlin se le da a este enclave. Además de los 98 millones de dólares como alquiler anual, Rusia redujo en un 30 por ciento el precio del gas. Esto le costó en torno a tres mil seiscientos millones de dólares, sólo en 2014 (Limonier, 2010).

Sin embargo, el motivo principal del estallido social de la plaza de Maidán, llegó tras el rechazo de su presidente a llegar a un acuerdo económico con la Unión Europea. Yanukovich parecía así alejar definitivamente a su país de la Unión Europea, a favor del proyecto de Unión Aduanera Euroasiática. Este proyecto auspiciado desde Moscú, aspira a ser un concurrente económico de la Unión Europea y fortalecer las relaciones entre los países miembros. Por ello, se entiende que estas protestas fueran seguidas de una importante labor diplomática tanto de europeos como de estadounidense que avivó el fuerte descontento social ya existente contra el presidente.

Este episodio, vendido por unos como una “guerra contra la corrupción y la falta de libertades” y por otros como el “apoyo de la Unión Europea al fascismo ucraniano” tuvo en realidad un trasfondo mucho más estratégico. En juego estaba la integración de la Ucrania a las instituciones occidentales, poniendo en peligro los intereses militares rusos -Crimea-, económico/políticos -Unión aduanera-, y simbólicos.

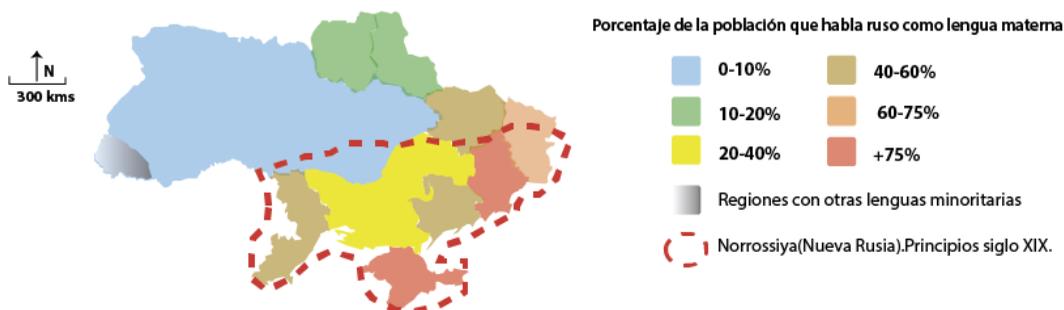
La respuesta rusa primero en Crimea, asegurándose la base militar, y después en las regiones del este protegiendo las minorías rusas, tuvo una lógica bien precisa. El Kremlin protegía sus intereses allá donde le era posible, además de promover revueltas e insurrecciones en las regiones donde sabe que gracias al apoyo popular, se puede llevar a cabo una guerra híbrida. El resultado sin embargo, es aún incierto pero con graves consecuencias, tanto para la Unión Europea como para la Federación Rusa. Rusia ha anexionado un territorio clave, y tiene controlado los principales centros de otras dos importantes regiones (Lugansk y Donetsk), además de poder contraatacar en un futuro con las cartas de la etnicidad en todo el sur-este del país donde hay un fuerte apoyo al gobierno pro-ruso. Sin embargo, el impacto de la guerra y de la anexión ha sido tan fuerte que es difícil que el resto del país, donde se concentra más de la mitad de la población, vuelva a consentir un gobierno teledirigido desde el Kremlin. Rusia puede haberse asegurado el control del Mar Negro, pero ha perdido quizás para siempre, un importante aliado.

Para la Unión Europea, la agresividad rusa y la impotencia de sus diplomáticos para afrontar la crisis en Ucrania, ha puesto en entredicho su capacidad negociadora. Los países de Europa del este vuelven a sentir que el peligro ruso se acerca, un sentimiento que en la mayoría de los países es más ficticio que real, pero que, sin embargo, puede profundizar las divisiones ya existentes en el seno de la comunidad. Aún así, la

continua ampliación de la Unión Europea y sobre todo de la OTAN, entrañan una serie de riesgos para Europa, principalmente en el este, por las posibles injerencias rusas.

El conflicto de Ucrania y sus repercusiones

1. División étnico-lingüística, fruto de la colonización rusa del siglo XIX.

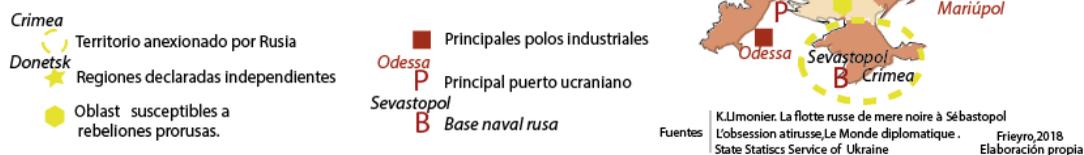


2. Que explica la división política del país

Porcentaje de votos. Partido de las regiones 2010.
Yanukovich (Política prorusa)



3. Permitiendo las injerencias rusas y el control de lugares estratégicos



8. Los riesgos para Europa

Desde la declaración unilateral de independencia del Kosovo, las relaciones entre la Unión Europea y Rusia se han distanciado considerablemente. Su reconocimiento por los Estados Unidos y algunos países europeos ha creado un precedente que el Kremlin no ha tardado en utilizar. Rusia ha pasado a la ofensiva en la defensa de las minorías étnicas o lingüísticas en otros países, una ofensiva que se explica sobre todo por el temor de las élites rusas, a que dichos procesos se repitan al interior mismo de la Federación, sobre todo en el Cáucaso, además de una medida disuasoria para poder conservar su tradicional zona de influencia. De esta forma la Rusia de Vladimir Putin ha querido aleccionar a Occidente sobre los peligros de esta política.

Esta demostración de fuerza provocó que V. Putin reconociese de manera oficial, la independencia de las regiones de Osetia del Sur y Abjasia alegando que comparten el mismo derecho que tenía la antigua región serbia.

Pero los riesgos para Europa van más allá del reconocimiento de la independencia, en regiones cuyos conflictos estaban congelados. Rusia podría jugar con la integridad territorial de los propios países comunitarios, inclusive si se encuentran a miles de kilómetros, como de hecho se dio con el referéndum de Cataluña. Así en unas declaraciones realizadas el mismo mes de Octubre en la ciudad rusa de Vadai, el presidente ruso declaraba:

“Haber pensado más el respaldo en Kosovo” que ha aumentado “los ánimos separatistas en Europa” y “ahora se está sufriendo por esto como en el caso de Cataluña”.

A pesar de que a continuación matizase que el asunto era “una cuestión interna” y debería “arreglarse de acuerdo a las leyes españolas” (Colas X., El Mundo, 2008), muchos analistas consideran estas declaraciones como una amenaza velada. El asunto fue más allá de unas simples conjeturas, cuando el Parlamento inglés, abrió una investigación para esclarecer si hackers rusos difundieron en la web fake news -noticias falsas- para influir en la opinión pública. Hecho que también recoge el importante centro de estudios -think-thank- español Real Instituto Elcano, donde se hace un análisis detallado de los mecanismos y estrategias de esta supuesta injerencia (Milosevich, 2017).

La utilización de estos medios no convencionales para la promoción de conflictos o directamente para efectuar ciberataques, es una preocupación creciente para la comunidad internacional. La ciberguerra es una cuestión cuyas consecuencias son difíciles de prever, y los daños quizás sean incalculables (Domínguez, 2016).

En este sentido, los países occidentales aun habiendo hecho importantes esfuerzos para colaborar en un plan común para su protección y defensa, deberían dotarse de los instrumentos necesarios para afrontar dichas amenazas. Siendo difícil de evaluar la capacidad militar de cada uno de los países, en esta nueva concepción de guerra, parece que Rusia estaría avanzando enormemente, lo que podría suponer una seria amenaza. Esta capacidad unida a las tendencias separatistas que recorren todo el continente, pueden transformarse en un peligroso cóctel que el Kremlin podría utilizar para debilitar la Unión Europea.

Desde Cataluña al País Vasco, pasando por Escocia, Flandes, Córcega o Baviera, la mayoría de los países europeos, tienen problemas secesionistas más o menos graves y un apoyo desde Moscú podría plantear enormes problemas. A pesar de que a día de hoy, la independencia de estas regiones se antoja muy complicada por la fuerte oposición de todos los miembros europeos, a medio plazo constituye un riesgo importante. Además, a corto plazo supondrá un debilitamiento de los respectivos estados centrales, que tendrán en muchos casos que pactar en términos de financiación, fiscalidad o autonomía policial y judicial.

Por otra parte, volviendo a las antiguas repúblicas socialistas, otros dos riesgos inminentes se presentan para Europa. Tal y como podemos observar en el mapa del punto anterior, además de la anexionada Crimea y de las regiones de la cuenca del Donetsk, independientes de facto, otras regiones ucranianas podrían ser vulnerables a futuras rebeliones. Casi todo el sur de Ucrania tiene importantes poblaciones de habla rusa y fueron siempre un bastión electoral del partido de las regiones, de orientación pro-rusa, lo que le confiere al Kremlin un importante arma disuasoria. A pesar de que hasta ahora el conflicto armado se ha acotado a la cuenca del Donetsk, este se podría extender otras regiones, donde tanto política como culturalmente el apoyo por la secesión es grande. Ucrania tiene un 40% de su territorio y población en estas zonas, peligrando así una parte importante de su industria, su acceso al Mar Negro, e incluso el control del río Dniéper. Estaríamos ante el fin de Ucrania como nación. Rusia además conseguiría unir el enclave de Transnistria en Moldavia con el resto del territorio ucraniano, posicionándose estratégicamente a las puertas de la Unión Europea.

El peligro provocado por la utilización política y estratégica de las minorías que hablan ruso está también presente en otros países. En los estados bálticos, sobre todo en Letonia y Estonia, estos grupos poblacionales preocupan a sus dirigentes. Miembros de la URSS entre 1945 y 1991, ambos países tuvieron, como en el caso del este de Ucrania, una fuerte migración de ciudadanos rusos, sobre todo en áreas administrativas y como técnicos especializados, durante la rápida industrialización del país soviético. La importancia demográfica de su población 40% en Letonia, 30% en Estonia (Petit, 2017)) y el miedo a las posibles futuras injerencias rusas determinó que, cuando dichos países consiguieron su independencia, las autoridades se negasen a concederles la nacionalidad.

Tanto en Letonia como en Estonia, se concedió solo la nacionalidad a los nacidos o descendientes anteriores a la ocupación soviética. Al resto de la población se le dio un status de “no-ciudadanos” o de “residente permanente” que no le permite el pleno derecho de sus derechos como ciudadanos. La política de naturalización emprendida más tarde, buscó durante años la nacionalización del territorio, posibilitando a estos habitantes la obtención de la plena ciudadanía a condición de que aprendiesen las respectivas lenguas

nacionales. Esta política, unida a un mejor avenir dentro de la Unión Europea, ha favorecido que gran parte de los jóvenes de estos países hayan decidido dejar atrás la lengua rusa, estando ésta claramente en retroceso. (Petit, 2017).

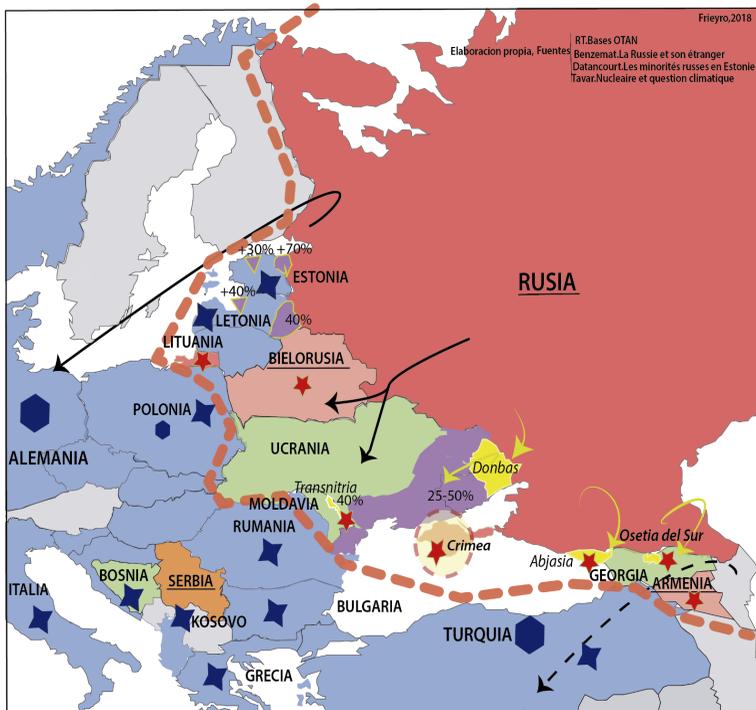
Sin embargo, en ciertas regiones donde el ruso sigue siendo mayoría, o para las personas mayores, estos exámenes y la marginalización de la lengua rusa siguen siendo motivo de humillación. (Rodríguez Suárez, 2015).

A pesar de los esfuerzos de la Unión Europea por mejorar los derechos de estos individuos, la violación de los derechos fundamentales sigue siendo flagrante en ámbitos tan importantes como el derecho al voto, la posesión de tierras o el acceso a la administración. Si a esto se le suma unas condiciones de vida muy por debajo de la media nacional –por ejemplo 25% de ingresos inferior a la media nacional en Estonia– y el interés ruso por defender sus minorías, los conflictos futuros parecen asegurados si dichos países no llevan a cabo políticas de integración. (Rodríguez Suárez, 2015).

Aun así es difícil que se genere una situación como las acontecidas en la cuenca del Donetsk (Ucrania). La plena integración tanto en la Unión Europea, como en la OTAN, aunque cause rechazo y temor en el Kremlin, descarta la idea de un apoyo armado. A pesar de ello, ciertos territorios como Ida-Virumaa en Estonia -frontera norte con Rusia- o buena parte de los territorios letones fronterizos, tienen mayoría de población rusa -mapa 2-. La propaganda de este país, a través de las ondas radiofónicas o por la televisión podría acrecentar las hostilidades entre las dos comunidades. La tensión es presente incluso en las dos capitales, no solo por un porcentaje de ruso hablantes cercano al 40% (Dautancourt, 2008) sino porque además su concentración es desigual, existiendo una división espacial de la ciudad. Los disturbios entre nacionalistas estonios y miembros de la comunidad rusa en Tallin (2007) por la retirada de una estatua soviética, con el posterior enfrentamiento diplomático entre Estonia y las autoridades rusas, ilustra bien la delicada situación que se podría experimentar. (Dautancourt, 2008). La Unión Europea, en este como en otros conflictos en el este de Europa, tendrá que mantenerse vigilante y favorecer un clima de entendimiento con el gigante euroasiático.

LA OFENSIVA RUSA POR RECUPERAR SU ZONA DE INFLUENCIA EN EL ARCO BÁLTICO-CAUCÁSICO

- Rusia intenta recuperar el control de una región vital para sus intereses**
 - RUSIA**
 - Zona tradicional de Influencia
 - ARMENIA** Países alineados políticamente con el Kremlin
 - Bases militares rusas en la región
 - Principales rutas de hidrocarburos
 - SERBIA** Otros grandes aliados en Europa
- Confrontándose con los países occidentales**
 - Países miembros OTAN
 - ALEMANIA** (Gran potencia regional)
 - POLONIA** (Potencia Regional menor)
 - Base Militar OTAN o EEUU.
 - Nuevo oleoducto que evita a Rusia a sus aliados
- Pasando a la ofensiva contra aquellos que quieren salir de su órbita**
 - País candidato integrar OTAN
 - Ofensiva militar apoyada por Rusia
 - Donbas** Territorio controlado por prorusos
 - Crimea** Territorio anexionado por Rusia
- Utilizando las minorías rusas presentes**
 - Regiones 40% Porcentaje población ruso lengua materna
 - Capitales



9. Conclusión

En los últimos años, Rusia ha vuelto con fuerza a la esfera internacional, conformándose al menos como una gran potencia regional. Desde la llegada de Vladimir Putin al poder, el país más extenso del mundo ha utilizado el crecimiento económico de sus primeros mandatos, y su estabilidad política para volver a posicionarse en su tradicional zona de influencia e incluso expandir su poder más allá.

Su política, cada vez percibida como más agresiva y peligrosa en los países occidentales, está condicionada por una serie de representaciones que hunden sus raíces en la concepción misma de la nación rusa, su pasado soviético y el impacto que tuvo la perestroika. El conocimiento de estos condicionantes se antoja fundamental para comprender la actual política exterior rusa, basada en dos postulados fundamentales.

- La apuesta por un mundo multipolar, y por lo tanto una fuerte oposición diplomática a la unipolaridad de Washington y los planes de ampliación de la OTAN, pese a colaborar activamente con los países occidentales en otros ámbitos (economía, terrorismo, etc.).
- La defensa de su tradicional de influencia, notamente en el espacio post-soviético, como condición primordial para al menos mantener su posición como potencia regional y garantizar la defensa de su territorio.

Para conseguir dichos objetivos, la Federación Rusa ha intervenido activamente en el espacio post-soviético, su “extranjero próximo”, considerando este espacio como propio, a través de una estrategia bien definida; debilitar a todo aquel país que quiera unirse a las instituciones occidentales.

Para ello, a las tradicionales presiones del Kremlin por la dependencia económica y energética de las exrepúblicas se les une una nueva táctica, la defensa de las minorías y el apoyo a las regiones independentistas de estos países.

De estas minorías, las que tienen mayor importancia son las que pertenecen al mundo ruso, ya sea por su etnia como por su lengua materna. Estas minorías políticamente favorables a los candidatos pro-rusos, permiten que el Kremlin pueda desequilibrar las relaciones de fuerza con dichos países, manteniéndolos en su órbita. Además su defensa legítima desde Moscú una intervención diplomática o incluso militar, siendo una eficaz arma coercitiva.

Un arma que Moscú no ha dudado en usar en Ucrania y que podría volver a utilizarla si vuelve a sentir que sus intereses están amenazados, confiriéndole un enorme poder, y un peligro de seguridad para la Unión Europea.

Sin embargo, mantener una política de confrontación con los estados europeos, sus principales socios comerciales, sólo conseguiría a la larga aislarla internacionalmente, con el riesgo político, económico y social que esto conllevaría. Una mayor colaboración diplomática, favoreciendo el clima de distensión en las relaciones, sería bien acogida por el Kremlin, que es consciente de que la relación de fuerzas es asimétrica y favorable a los países occidentales.

Cómo citar este artículo / How to cite this paper

de la Gándara Frieyro, M. (2018). La política exterior rusa en la zona post-soviética: el arco de inestabilidad Báltico-Caucásico. *Revista de Pensamiento Estratégico y Seguridad CISDE*, 3(1), 45-65. (www.cisdejournal.com)

Referencias

- Argemi, D. C.; Faiella, M. V.; Luchetti, J. F. (2006). La inseguridad internacional: el caso de Kirguistán y la Revolución de los Tulipanes. In III Congreso de Relaciones Internacionales (La Plata, 2006).
- Banco Mundial (2018). (<https://datos.bancomundial.org/pais/federacion-de-rusia>)
- Bascones, J. L. M. (2012). Algunos elementos históricos relevantes en las relaciones Ucrania-Rusia.
- Bayou, C.; Mongrenier, J. S.; de Suremain, P.; Paillard, C. A.; Lefebvre, M.; Gourdin, P.; ...; Limonier, K. (2016). Géopolitique de la Russie et de son environnement..
- Buffet, C.; Barriga, J. (2013). Las metamorfosis del sentimiento nacional ruso: de Boris Yeltsin a Vladimir Putin. Foro Internacional.
- Campos, M. (2017). Las Lecciones Aprendidas por las Fuerzas Armadas Rusas en la Guerra de Georgia (2008): el Origen de la Doctrina "Gerasimov". Análisis GESI, (44), 1.
- Cardone, I. (2014). El Conflicto en Ucrania: los Intereses de las Grandes Potencias y los Perdedores de Siempre. Conjuntura Global, 3(3).
- Colas X (2008). El Mundo Putin a la UE sobre Cataluña: "Haber pensado mejor el respaldo a Kosovo".
- Claudín, C. (1993). La ceremonia de la confusión: primer año político de la nueva Rusia. Cuadernos del Este, (8), 63-70.
- Cuestas-Zamora, E. (2015). Fragmentación de la República de Georgia: perspectivas jurídicas de la separación de Abjasia y Osetia del Sur en Derecho Internacional Público. International Law: Revista Colombiana de Derecho Internacional, (26).
- Domínguez, J. (2016). La ciberguerra como realidad posible contemplada desde la prospectiva. Revista de Pensamiento Estratégico y Seguridad CISDE, 1(1), 18-32.
- Dautancourt, V. (2008). Les minorités russes en Estonie: unité et diversification. Hérodote, (1), 73-85.
- De Prat, C. R. A. (1998). Rusia y la CEI: ¿relaciones de política exterior o interior?. Revista CIDOB d'afers internacionals.
- El País (2008). Putin cita a España como ejemplo de doble rasero occidental en Kosovo. (https://elpais.com/diario/2008/02/15/portada/1203030004_850215.html)
- Estadísticas Federación Rusa (2018). (<http://www.ethno-kavkaz.narod.ru/rnabkhazia.html>)
- Felgenhauer, P. (2007). P.4 Tácticas y objetivos estratégicos de la posición rusa con respecto a la independencia de Kosovo. Boletín Elcano, (98).
- Fernández, A. (2008). El País Georgia controla una de las puertas del petróleo de Europa. (https://elpais.com/diario/2008/08/11/internacional/1218405603_850215.html)
- Filler, A. (2010). L'identité nationale russe: anatomie d'une représentation. Hérodote, (3).
- Garrido, A. P. (2016). El Gran Juego de Asia Central se reencarna a comienzos del siglo XXI. PANORAMA, 10(18), 18.
- González, Á. P. (2000). Minorías rusas en la antigua URSS. Revista CIDOB d'afers internacionals.
- Herráez, P. S. (2016). Rusia: el retorno al paradigma del empleo de la fuerza militar. Boletín iee, (2).
- Herranz, A. (2003). Relaciones UE-Ucrania 1991-2003. (https://ddd.uab.cat/pub/worpaper/2003/hdl_2072_204310/N_52.pdf)
- Huntigton, S. P.; Abadia, T. P. (1997). El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial. Barcelona: Paidós.
- Jesús, C. E. (2010). Implicaciones del cambio en Kirguistán para la guerra de Afganistán. Grupo de Estudios Estratégicos (Gees). Análisis 7740.
- López-Medel, J. (2008). Ucrania. La larga conquista de la libertad. Quince nuevos Estados tras la URSS en búsqueda de su identidad. Marcial Pons.
- Limonier, K. (2010). La flotte russe de mer Noire à Sébastopol: une «forteresse impériale» au sud?. Hérodote, (3).
- Osorio, G. M. L.; Valdés, L. R. G. (2017). Manipulación del Islam como puente al terrorismo: el Emirato del Cáucaso. Memorias del Concurso Lasallista de Investigación, Desarrollo e innovación, 3(1), 54-57.
- Mourenza, A. (2009). Transcaucasia exprés. Libros Libros, Rebelión. (<http://www.rebellion.org/docs/86284.pdf>)
- Milosevich, M. (2017). El poder de la influencia rusa: la desinformación. Real Instituto Elcano. (http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano_es/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/ari7-2017-milosevichjuaristi-poder-influencia-rusa-desinformacion)
- Ploky, S. (2006). The origins of the Slavic nations: premodern identities in Russia, Ukraine, and Belarus. Cambridge University Press.
- Palacios, J. M.; Arana, P. (2002). Doctrina militar rusa: herencia soviética, realidades postsoviéticas, perspectiva europea. Revista CIDOB d'afers internacionals, 81-103.
- Priego, A. (2008). Osetia del Sur: la cúspide del desencuentro entre EEUU y Rusia. Real Instituto El Cano. (<http://biblioteca.ribei.org/id/eprint/1461>)
- Raviot, J. R.; Lambroschini, S. (2016). Post-Empire. La Russie au miroir de son voisinage. Russie: vers une nouvelle guerre froide?. La Documentation française (3). Chapitre 4.
- Rodríguez Suárez, P. M. (2015). Las repúblicas bálticas frente a Europa y Rusia. Tla-melaua, 8(37), 112-130.
- Rodríguez, L. V. (2005). La opción hidráulica en Asia Central ex soviética. Perspectiva histórica y situación actual. Revista CIDOB d'afers internacionals, 143-167.
- RTM (2013). Rusia duplica el número de aviones de combate en su base aérea de Asia Central. (<https://actualidad.rt.com/actualidad/view/109676-rusia-duplicar-aviones-combate-base-aerea>)
- Sánchez, J. S. (1995). Los estados surgidos de la antigua Unión Soviética y su articulación territorial en torno a Rusia. Espacio Tiempo y Forma. Serie VI, Geografía, (8).
- Sainz Gsell, N. (2005). Asia Central: Área emergente en las relaciones internacionales. Revista CIDOB d'afers Internacionals, (70-71).
- Petit, J. (2017). Les « non-citoyens » baltes, intégration ou nouvelle Crimée ?Eurosorbonne. (<http://www.eurosorbonne.eu/?p=3179>)
- Sputniknews (2017). Kirguistán baraja la posibilidad de que Rusia abra una segunda base militar en el país.

(<https://mundo.sputniknews.com/defensa/201707241071003091-politica-defensa-moscu-defensa-biskek/>)

Verluse, P. (2006). *Une nouvelle Europe: comprendre une révolution géopolitique*. Karthala Editions.

Villicaña, R. L. (2011). Asia central: una nueva zona de conflicto. *Estudios de Asia y África*, 46(144), 141-160.